

REPARTO

PERSONAJES

MARTA, sobrina de Francisca y del Padre Juan (22 años)	Sra. Pino.
FRANCISCA, madre de Ramón (50 idem).	» Caro.
LA BARONESA (35 idem)	Srta. Catalá.
LA PRESIDENTA DE LA JUNTA DE DAMAS (50 idem).	Sra. Torres.
EL P. RAMÓN (en el 1.º acto Ramón)	Sr. Borrás.
MIGUEL (35 idem)	» Vico.
EL OBISPO (60 idem)	» Balaguer.
EE P. JUAN, hermano de Francisca (60 idem).	» Lliri.
DON ANDRÉS (40 idem)	» González.
EL SECRETARIO DEL OBISPO	» González.
EL CAMPANERO	» Mora.
JORGE DEL POZO (30 idem)	» Sala.
SARIOL (30 idem).	» Manrique.
POBRE 1.º	» Baylés.
IDEM 2.º	» Serrano.

Un paje, pobres, niños y niñas

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

La escena representa una sala con paredes blanqueadas de yeso en la rectoría de un pueblo montaños. A la izquierda una puerta de una hoja que da a las habitaciones interiores de la casa. Al fondo, junto a una galería que se supone da al campo, habrá otra puerta que comunica con la iglesia. Por la balaustrada de la galería se verán, sobre un segundo fondo, el ábside y el campanario de la iglesia; a lo lejos se extiende la campiña. En las paredes de la sala habrá estampas de santos, una hornacina con una imagen, un santo Cristo y dos o tres cuadros con marcos antiguos y estropeados. En un ángulo un armario de pino pintado. En el centro una gran mesa. En la balaustrada de la galería se enredan madreselvas y pasionarias.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN, FRANCISCA, MARTA, NIÑOS y NIÑAS. Al alzarse el telón Francisca hará como que entra y sale arreglando la habitación. Marta está apoyada en la balaustrada de la galería contemplando el campo. Ramón, en primer término, cerca de la hornacina, rodeado de niños y niñas que dan lección de catecismo. El rezo de los niños empezará antes de levantarse el telón con el «Padre nuestro»; el telón se levantará con la frase que comienza la escena.

NIÑOS (A coro.) «Dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.»

RAMÓN Muy bien. Decís el catecismo como unos ángeles

FRANCISCA Unos ángeles que roban los manzanos y no dejan en ellos ni las manzanas verdes.

RAMÓN Déjelos estar, madre. Son como los gorriónes; aun ignoran lo que son cercados.

FRANCISCA ¿Cuándo van a aprenderlo?

RAMÓN Demasiado pronto lo sabrán. Entre tanto, que vuelen aquí y allí; donde haya fruta. Dios la crió para todos los hombres.

FRANCISCA Hijo mío, no sé qué doctrina es la tuya; cuando seas cura vas a tener la manga muy ancha.

RAMÓN No lo crea usted. Acuérdesse de lo que dice el Padrenuestro. El pan nuestro de cada día...

NIÑOS (Canturreando.) Dánosle... hoy...

RAMÓN Mire usted qué contentos están.

FRANCISCA Porque las manzanas no son suyas.

RAMÓN Todo es de Dios; lo de Dios es de todos.

FRANCISCA Sí, pero estos ángeles te arrancarían los ojos se fueses a cogerle lo suyo.

RAMÓN Por la misma razón conviene curar sus egoísmos desde que son pequeños. ¿Verdad, hijos, que cuando seais grandes re partiréis todo lo vuestro?

NIÑOS ¡Sí! ¡Sí!

RAMÓN ¿Verdad que viviréis como hermanos y no haréis distinción entre ricos y pobres?

NIÑOS ¡Sí! ¡Sí!

RAMÓN ¿Los oye usted?

FRANCISCA ¿Pero tú les crees?

RAMÓN ¡Es tan bueno creer! Mejor que bueno, hermoso; sobre todo cuando se creen cosas hermosas. ¿A qué no sabe usted por qué enseñó muchas oraciones en verso a estas criaturas? Porque la poesía es lo único que merece la pena de recordarse en este mundo.

FRANCISCA No te entiendo.

RAMÓN Ellos sí me entienden; me entienden por instinto y aprenden sin darse cuenta de

que lo hacen. ¡Ay! ¡Si fueran niños siempre!

FRANCISCA Tú sí que siempre lo serás.

RAMÓN ¡Qué más quisiera yo!

FRANCISCA Algunas veces creo que estás dejado de la mano de Dios.

RAMÓN Dios no nos deja nunca; nosotros le dejamos a él.

FRANCISCA Llámalo hache.

RAMÓN ¡Hala, niños! A correr, a volar, a aprender la doctrina en el campo, en el bosque y en la llanura; a mirar al cielo y a crecer. ¿Cuándo volveremos?

UN NIÑO

RAMÓN Mañana, al toque de oración.

NIÑO 1.º (Yéndose a la puerta de la galería.) ¡Vamos!

NIÑOS (Yéndose saltando y gritando.) ¡Buenas tardes!... ¡Buenas tardes!...

RAMÓN Buenas las tengáis, hijos míos.

FRANCISCA Amén. ¡Cuidadito con las manzanas!

ESCENA II

RAMÓN, FRANCISCA y MARTA

RAMÓN Déjelos usted, madre.

FRANCISCA ¡Ea, que no te entiendo! Antes de vivir con tu tío, había tratado a muchos sacerdotes y a muchos estudiantes de cura, pero con tu modo de pensar no había tratado a ninguno.

RAMÓN ¿No estudio?

FRANCISCA ¡Demasiado! Para mí que te perjudica saber tantas cosas. ¡No sé de qué van a servirte esos que llamas versos el día que tomes las órdenes!

RAMÓN Usted no sabe lo que son versos, madre.

FRANCISCA Sí lo sé; tonterías.

RAMÓN No hable usted así, porque ofende a nuestro Señor.

FRANCISCA Pues qué, ¿hacía versos nuestro Señor?

RAMÓN No hizo nada más que poesía mientras vi-

- vió, ¡y qué versos, madre! tan hermosos, tan llenos de piedad, tan bordados de misericordia, que quien llega a leerlos no lee otros más en su vida.
- FRANCISCA ¡Bueno! Tú como sabes latín, piensas que yo debo entenderlo todo.
- RAMÓN El corazón no habla latín.
- FRANCISCA ¡Por mí que no lo hable! Lo que yo te digo es que hemos tenido y tenemos suerte con tu tío que nos mantiene en la rectoría a mí y a ti, y a la Marta desde que Marta quedó huérfana. Si no fuera por él, ignoro dónde iríamos a parar.
- RAMÓN Ya sabe usted que la miseria no me espanta. La considero un bien.
- FRANCISCA Pues yo no. Tú con cualquier cosa te conformas; yo, andando el tiempo, te quiero ver canónigo.
- RAMÓN ¿No preferiría usted verme hecho un buen cura a verme ocupando un cargo superior a mis fuerzas?
- FRANCISCA ¿Qué fuerzas se necesitan para ser canónigo?
- RAMÓN No diga usted herejías, madre; la vida de la soledad, vida que no comprende usted, me seduce más que todas las riquezas y dignidades; Cristo sólo fué Cristo.
- FRANCISCA Siempre con tus cosas. En el mundo hay que ser buen creyente, eso sí; yo lo soy porque me lo enseñaron de pequeña.
- RAMÓN ¿Nada más que porque se lo enseñaron de pequeña?
- FRANCISCA Y ¿por qué iba a serlo si no? Me han enseñado a creer y creo; sólo que creo con prudencia. La devoción es buena; pero siempre he oído decir que la obligación es antes que la devoción. A Dios le gusta que pensemos en él, pero sin dejar nuestros quehaceres. Por algo se dice: «Ayúdate y te ayudaré.» «Reza a las horas de rezar y después a tus ocupaciones.» «Cumple con Dios, pero cuida tu hacienda.»

- RAMÓN El Señor no dice eso.
- FRANCISCA A mí me han enseñado que lo dice.
- RAMÓN Tuvo usted malos maestros.
- FRANCISCA Mejores que los tuyos. Tú no te ocupas en nada útil. ¡Siempre leyendo y paseando o encerrado en tu habitación! ¿Qué haces tantas horas encerrado en tu habitación?
- RAMÓN Estudiar.
- FRANCISCA Creí que hacías penitencia.
- RAMÓN ¿Y si la hiciera?
- FRANCISCA Harías mal; ¿qué pecados tienes tú para hacer penitencia?
- RAMÓN Todos pecamos, madre mía; a veces hacemos mal sin saberlo.
- FRANCISCA ¡Ay! ¡Dios te haga un santo!... Mira, hijo; muchas veces hay que mirar un poco por uno y vivir sin pena ni gloria, como aquel que dice. Claro que ha de haber santos; pero en la tierra no. Cumple con Dios,—ya hace demasiado el que cumple —y piensa que nadie, ni los libros, ni los confesores, te darán mejores consejos que tu madre... ¿Pero no me escuchas?
- RAMÓN Me da usted lástima.
- FRANCISCA ¿Porque soy un poco regañona?
- RAMÓN Porque vive y vive y no hace nada más que vivir, sin enterarse de lo que ha venido a hacer en el mundo.
- FRANCISCA Enterada estoy; y de sobra. ¿Sabes lo que hemos venido a hacer en este mundo? Sufrir y trabajar.
- RAMÓN Sí; pero esperando en la otra vida.
- FRANCISCA Aunque sea así; no veo que haya inconveniente para que procuremos pasarlo en ésta lo mejor posible.
- RAMÓN No nos entenderemos nunca. Usted mira a la tierra, y yo no.
- FRANCISCA Yo sí que no te entiendo.
- RAMÓN ¡Pobre madre! No se preocupe usted por mí; déjeme vivir en mí mismo. Usted siente deseos de grandezas; yo de humil-

dades: las humildades son grandezas también.

FRANCISCA ¡Bah! (A Marta.) ¿Y tú qué haces ahí mano sobre mano? ¿Meditas? ¡Aquí todo el mundo medita!

RAMÓN ¿Va usted a sermonearla también?
FRANCISCA Claro que sí; todo el santo día tengo que estar sermoneando. Al fin y a la postre, voy a ser yo el único cura de esta casa. (Se va por la derecha.)

ESCENA III

MARTA y RAMÓN

RAMÓN No la hagas caso, Marta.
MARTA Ya estoy acostumbrada.
RAMÓN Es muy buena, pero tiene sus cosas. ¿Qué miras?
MARTA El valle.
RAMÓN ¡Qué hermoso es! ¿verdad? ¡Qué de pueblos y de caseríos y de montañas se ven desde esta galería!
MARTA Demasiado vistos los tengo.
RAMÓN Siempre encanta mirarlos: a la claridad blanca del amanecer, a la luz quemante del medio día y a los tibios resplandores del sol poniente, son siempre hermosas; y, aunque son las mismas, cada distinta claridad las hace distintas también.
MARTA Me es igual; Ramón, yo me aburro.
RAMÓN ¿Qué dices?
MARTA Digo que me aburro, que me entristezco, que echo de menos algo.
RAMÓN ¿Qué es lo que echas de menos?
MARTA ¡Qué sé yo! Los tiempos pasados. Tal vez los tiempos por venir.
RAMÓN Quien sabe vivir solo no se aburre jamás.
MARTA Yo no sé vivir sola. Tú tienes la culpa de que no lo sepa.
RAMÓN ¿Yo?

MARTA Sí, tú.
RAMÓN ¿Por qué yo?
MARTA ¿Tan fuera de este mundo vives que no te has enterado?
RAMÓN No te comprendo.
MARTA Ni creo que me hayas comprendido nunca.
RAMÓN Pero di, ¿de qué tengo la culpa yo?
MARTA Escucha, ya que quieres que hable. Cuando tu madre me recogió, yo era como las otras muchachas de este pueblo; nada echaba de menos; nada ambicionaba tampoco. Como una ignorante vivía; en paz, sin ambiciones; trabajando por trabajar, riendo por reír, pasando los días maquinalmente, como se pasan las cuentas del rosario; al llegar la ocasión, me hubiera casado, como se casan aquí todas, con un joven, aldeano o de la ciudad, y hubiera vivido como viven todas las de aquí, humildemente, sin afanes, sin deseos... sin nada, queriendo la hora precisa de querer y trabajando el resto del día, con la resignación de una bestia.
RAMÓN ¿Qué dices?
MARTA Ya lo he dicho. No veía más allá entonces; bien lo sabes tú. Vivía contenta de vivir; ni esperaba nada, ni sabía lo que era el corazón; ignoraba que lo tuviese; rezar era para mí un modo como otro cualquiera de dormirme.
RAMÓN ¿Y yo tengo la culpa?
MARTA De eso no; de mí despertar la tuviste. Tú, poco a poco, día por día, fuiste metiéndome en un mundo que no se había hecho para mí. Primero me enseñaste a escribir y a leer; después me diste libros que me hacían pasar las noches en vela, que me transportaban, que llevaban mi pensamiento a soñar cosas imposibles... Aquellas lecturas acabaron por enfermarme.
RAMÓN No creí hacerte mal.
MARTA Sí no me lo hacías entonces; si no es de

entonces de lo que me quejo; ¡si es de ahora! ¡Si aquellos días pasados son los que echo de menos sin que tú lo comprendas! ¿Te acuerdas de los versos que me recitabas cuando obscurecía, aquí, al pie de la pasionaria? ¿Recuerdas que muchas veces los versos no acababan porque se encontraban nuestros ojos mirándose muy fijo, muy fijo...? ¿Recuerdas que muchas, muchas veces también, teníamos que volver la cabeza hacia el valle porque nuestros corazones saltaban dentro de nuestros pechos queriéndose ir el uno hacia el otro?

RAMÓN ¿A qué me lo recuerdas? ¿No ves que haces mal en recordarlo?

MARTA Para decirte que no me enseñaste poesía únicamente; me enseñaste a amar; ¡a amar tanto que ya no podré vivir sin amar!

RAMÓN Entonces era yo muy joven... aun no podía dominarme... tú eras...

MARTA (Esperanzada.) Sigue.

RAMÓN Nada. Procura olvidar como he procurado hacerlo yo.

MARTA ¿Eso me contestas? ¿ves como tengo motivo para echar de menos el ayer? ¡Y quieres que encuentre hermoso el valle!

RAMÓN No sigas, Marta ¡por Dios! no sigas. Aquel amor ha concluído.

MARTA ¿Estás seguro, ingrato? Si es así, ¿por qué no te atreves a mirarme? ¿Por qué bajas los ojos? ¿Tan pronto se te ha enfriado el corazón?

RAMÓN Más encendido que nunca lo tengo; pero el fuego de ahora no arde, no arderá más en los altares de la tierra; el corazón que calentaron tus alientos, ha remontado el vuelo a regiones más puras.

MARTA Ahora amas a todas menos a mí, ¿verdad?
RAMÓN A ti como a todas; más que a nadie; de poder llevar conmigo tu alma, nada más que tu alma. la llevaría sobre el pecho como un relicario.

MARTA
RAMÓN

¿Dónde me llevarías?

A rogar por los hombres; a seguir un calvario de gloria. Oye. Siento en mí deseos que me impulsan a luchar con armas de amor, un afán invencible de dignificar a todos mis hermanos ante los ojos de mi Dios; ¿qué he de hacer para conseguirlo? No lo sé todavía. Si tuviera riquezas las daría todas, hasta el último bocado de pan. Si mi palabra poseyera el espíritu de la persuasión, iría predicando por el mundo, hasta caer, hasta morir. Si mi sangre sirviese de remedio, daría mi sangre hasta la última gota. Pero ¡ay! recelo que sólo nací para cantar; y la voz de los poetas ya no puede consolar a los hombres.

MARTA

¡Pobre de mí!

RAMÓN

¿No comprendes, Marta?

MARTA

Demasiado; que yo también he nacido para amar; y después de haber querido mucho, como ya sé querer, querré más. Lo desconocido me espanta.

RAMÓN

¡Calla!

MARTA

¡Para lo que te importo!

RAMÓN

No lo sabes bien; no sabes lo que es plegar las alas de las primeras ilusiones y convertir en incienso lo que más se ha amado al amanecer de la vida. ¡Ay! ¡si supieras lo que va a costarme matar esta pasión!

MARTA

¡Y si tú supieras todas las pasiones que has despertado en mí!

RAMÓN

¡Si supieras mis horas de fiebre, de desfallecimiento, de dudas, de martirio; de querer rezar y no poder, de querer verte y no venir a verte, de huir y volver a tu lado, de torturar mi espíritu para curarme de este amor!...

MARTA

¿Te has curado?

RAMÓN

No me lo preguntes.

MARTA

¿De qué tienes miedo? habla.

RAMÓN

De decir la verdad; de mentir acaso.

MARTA

Escucha, Ramón, ¡escúchame, por Dios!

Aun es tiempo. Recoge para mí un poco de ese tesoro de dulzura que quieres esparcir por el mundo. No es delito que me ames; casados podemos ser buenos también; Dios nos ha hecho, estoy segura de ello, para que seamos el uno del otro. No lo dudes; pregúntatelo a ti mismo desde el fondo de tu conciencia.

RAMÓN Mi conciencia me traza el camino que he de seguir. Lo veo como en sueños, pero lo veo claramente, y lo veo como un hermosísimo calvario.

MARTA Piensa que matas todas mis ilusiones; piensa que soy mujer.

RAMÓN Rezaré por ti.
Y yo por ti me condenaré.

RAMÓN ¡Calla! No blasfemes.

MARTA Tú me obligas a ello.

RAMÓN Dios tiene en sus manos nuestro destino. Serás buena; estoy seguro de ello, porque mis rezos te ayudarán y te ayudará la divina misericordia.

MARTA No eres de este mundo.

RAMÓN ¡Ojalá no lo fuera!

MARTA No lo eres. (Dirigiéndose hacia la galería.) Adiós.

RAMÓN ¿Dónde vas?

MARTA ¿Dónde quieres que vaya? A mirar el valle, nuestro valle de todos los días, siempre igual, como dices tú y siempre diferente, voy a aburrirme, a esperar lo desconocido.

RAMÓN Marta, ten esperanza en mí.

MARTA Más la tendré en los dos.

RAMÓN Me aborreces, ¿verdad?

MARTA No, Ramón; para que te convenzas, toma. (Arrancando de la enredadera de la galería una pasionaria y ofreciéndosela a Ramón.)

RAMÓN ¿Una pasionaria?

MARTA No hay en casa otras flores. Además, es la flor propia de nosotros. Mírala en el porvenir; mírala cuando te mires a ti mismo

y mírala, más que nunca, cuando no me veas. (Marta queda mirando el valle y Ramón, que ha guardado la pasionaria, con la cara oculta entre las manos.)

ESCENA IV

MARTA, FRANCISCA, RAMÓN y el PADRE JUAN

P. JUAN (Entrando muy sofocado por la izquierda.) ¡Deprisa, hijos míos, deprisa!

MARTA (Volviéndose.) ¿Qué sucede?

RAMÓN (Levantando la cabeza.) ¿Qué hay?

P. JUAN ¡Sacad sillas! ¡Traed bizcochos y chocolate! ¡Arreglad el altar! ¡Tocad las campanas!

FRANCISCA (Que entra por la derecha.) ¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre?

P. JUAN ¡El señor Obispo! (A Ramón.)

FRANCISCA ¿Una desgracia?

P. JUAN ¡Qué desgracia! que viene el señor Obispo.

RAMÓN ¡Qué suerte! Dios le envía.

FRANCISCA ¿Y cuándo llega?

P. JUAN ¡En seguida... ahora... de aquí a tres segundos! Muévete! El campanero me lo ha dicho; se ha detenido un momento en el pueblo para bendecir a la gente, y me ha enviado razón de que venía a casa con el diputado, con los pajes. ¡Con todo el mundo!... ¡que venía en persona! tal como lo oyes, en persona; y revestido de toda su alta dignidad.

FRANCISCA ¿Qué quieres que hagamos?

P. JUAN ¡Ay! ¡no lo sé! ¡La Virgen de los atribulados me ayude!

RAMÓN Vaya, no hay que apurarse. El señor Obispo debe ser un hombre muy sencillo.

P. JUAN No tan sencillo como tú piensas, Ramón.

FRANCISCA Vamos, da órdenes.

P. JUAN Primero... chocolate.

FRANCISCA Eso ya lo has dicho.

- P. JUAN Después... bizcochos.
- FRANCISCA ¿Nada más que bizcochos y chocolate?
- P. JUAN Pon aquel sillón de cuero a la cabecera de la mesa... un taburete para los pies... poned todas las copas y todos los platos.
- FRANCISCA ¿Y sólo para un chocolate vamos a sacar tanta vajilla?
- P. JUAN Tienes razón; no sé lo que me digo.
- MARTA ¿Dónde le va usted a recibir?
- P. JUAN ¿Dónde quieres que lo reciba? Aquí mismo. Desde aquí disfrutará una buena vista. Es lo único que podemos ofrecer al bendito señor, una buena vista.
- MARTA ¡Siempre la buena vista! Seguramente las ha disfrutado mejores.
- P. JUAN Eso sí que lo dudo. En la ciudad no las tienen como estas. Todos los obispos viven en palacios muy anchos, pero en callejones muy estrechos. A eso vendrá el nuestro, a esparcirse; es decir, a eso y a visitar a nuestra Virgen. De sobra sabe él que no hay otra tan milagrosa ni tan buena.
- RAMÓN La Virgen es en todas partes la misma.
- P. JUAN ¡Claro! pero cada uno quiere lo suyo, y yo estoy por la nuestra; ¡no hay otra que tenga su sonrisa!... Cuando el señor Obispo la vea, no le sacamos de la iglesia con pinzas.
- FRANCISCA ¿A qué le vamos a sacar con pinzas?
- P. JUAN Es un decir, mujer. Ponedla el manto de damasco y los seis floreros, y todos los anillos y la falda de seda amarilla, y encended todos los cirios del altar.
- FRANCISCA ¡Buena luminaria!
- P. JUAN Aun es poco. Coged los cirios de todos los altares y encendedlos también; encendedlo todo; que la iglesia estalle de alegría y de luz; quiero enterar al señor Obispo de que habrá iglesias con más santos, pero iglesias donde los santos estén mejor cuidados, no hay otra, ni en el obispado suyo ni en ninguno.

- FRANCISCA ¡Dios mío, qué trabajos y qué trajín!
- P. JUAN Y vosotros, ¡a ver cómo os portáis! Tú, Francisca, no hables delante de él.
- FRANCISCA ¡Yo! Si nunca digo una palabra, ¡pobre de mí!
- P. JUAN Una, no; muchas dices; hoy te suplico que hables poco.
- FRANCISCA No abriré la boca.
- P. JUAN Tanto como eso, no; ábrela, pero con prudencia. Tú, Marta, puedes recitar alguna cosita.
- MARTA ¿Yo? ¡Dios me libre! ¿Piensa usted que soy todavía una criatura?
- P. JUAN Al lado del pastor todos somos criaturas; y tú, Ramón, escucha bien lo que te dice, y si te da algún consejo, síguelo.
- RAMÓN Le escucharé más de lo que usted piensa. Hay días en que necesita uno escuchar. Hoy es uno.

ESCENA V

Los mismos y el CAMPANERO

- CAMPANERO. ¡Señor rector, baje, baje pronto, que ya sube el coche por la cuesta!
- P. JUAN ¡Cómo! ¿Ya están ahí?
- CAMPANERO. Suben poco a poco, a paso de solemnidad. ¡Qué cochada!
- P. JUAN Ramón, vamos a recibirlos. Tú, Francisca, ya estás enterada... Tú, Marta... lo que quieras. Yo... yo no sé... Tú, Campanero, cuando vayan a entrar a la iglesia, tocarás todas las campanas.
- CAMPANERO. ¡Todas!... ¡Si solo tengo dos!
- P. JUAN Pues tócalas de prisa, así parecerá que hay muchas. (Salen el Padre Juan y Ramón por la izquierda.)

ESCENA VI

FRANCISCA, MARTA y el CAMPANERO

- FRANCISCA (A Marta.) Enciende la lumbre y prepara la chocolatera. (Marta entra y sale por la derecha. Francisca saca del armario copas y las limpia con un paño.) Campanero, trae sillas.
- MARTA ¡Gracias a Dios que se acaba en esta casa la monotonía!
- FRANCISCA El día que podamos recibir al muchacho de obispo, ¡qué satisfacción! ¿Verdad, Marta?
- MARTA Nunca le recibiremos de obispo.
- FRANCISCA ¿Qué sabes tú?
- MARTA El no tira para mandar, tira para creer.
- FRANCISCA ¿Para creer en qué?
- MARTA En todo y en todos.
- FRANCISCA ¡Ya verás como cuando contemple la majestad del señor Obispo se vuelve loco, y desea ser otro tanto!
- CAMPANE. Yo creí que tendría más majestad; que vendría con mitra y báculo.
- FRANCISCA ¿Quieres que ande con mitra por las carreteras, estúpido?
- CAMPANE. Puede que tenga usted razón, señora Francisca, pero vaya, ni tanto ni tal calvo. Si yo fuese obispo iría cargado de oro y plata y de todos los ornamentos.
- FRANCISCA ¡Calla... tonto! No comprendes que parecerías un escaparate.
- CAMPANE. Mejor. De ese modo tendría más devotos y harían más caso de mí.
- MARTA Yo llevaría muchos anillos.
- CAMPANE. También harían más caso de ti.
- FRANCISCA (Al Campanero.) ¿Qué? ¿Le has visto de cerca?
- CAMPANE. Como de usted a mí. No he podido besarle el anillo porque venía en coche y no era cosa de decirle al cochero: «Para, que allá voy.» Repartía bendiciones por todas partes, a la izquierda, a la derecha, al frente,

- a la espalda. Como he visto que no había ninguna para mí, porque no se había enterado de que yo estuviera presente, he hecho con la cabeza así, (Acompañando la palabra en la acción.) como quien dice: «¿Qué? ¿No hay nada para el Campanero, señor Obispo?» Entonces me echó una y he quedado más bendito que los demás porque aquella bendición era para mí solo; como si dijésemos de hombre a hombre.
- MARTA ¡Sí has tenido suerte, Campanero!
- CAMPANE. Dios me la conserve. Otro en mi lugar se daría pisto, yo no; ya me ven ustedes, tan natural. Eso sí, la daré las gracias con mis campanas. Le tocaré la *Marcha real*, y la *Niña Pancha* y las *Sevillanas*... En eso tengo mucho puntillo.
- FRANCISCA Limpia estas copas, puntilloso.
- CAMPANE. Lo que más quiero de la iglesia son las campanas. No están mal los santos y los altares y el coro, y etc., pero, vaya, si no fuera por las campanas la misa no sería misa.
- FRANCISCA Lo mismo.
- CAMPANE. Como usted quiera; pero yo no iría.
- FRANCISCA No digas burradas.
- CAMPANE. No iría, tal como lo digo. El ruido de las campanas me empuja hacia la iglesia. Cada hombre tiene la religión a su manera... y cada mujer también.
- FRANCISCA ¡Si te oyese el señor Obispo!
- CAMPANE. Igual se lo diría. Le diría: «Señor Obispo, tocar las campanas es mi vanidad.» Y él me respondería: «Conforme, Campanero.» Y quedaríamos tan amigos como antes.
- FRANCISCA Muy bien. Pero dejémoslos de vanidades mundanas, como dice el chico, y acabemos de preparar el desayuno. Marta, ¿encendiste el fuego?
- MARTA Todo está a punto.
- CAMPANE. (Mirando por la galería.) ¡Ya suben, ya suben!
- FRANCISCA ¿Todos?

CAMPANE. ¡Y más que hubiera!... Ilustrísima, diputado, y... ¡alza ya! ¡Campanas al aire!

FRANCISCA Abre la puerta. (El Campanero abre y entran primero el Obispo, don Andrés, el Secretario del Obispo, Jorge del Pozo y un Paje. Detrás el Padre Juan y Ramón.)

ESCENA VII

EL OBISPO, DON ANDRÉS, EL SECRETARIO DEL OBISPO, JORGE DEL POZO, RAMÓN, PADRE JUAN, FRANCISCA, MARTA, EL CAMPANERO y UN PAJE.

OBISPO La paz de Dios sea en esta casa.

P. JUAN Entren, entren y tomen cuanto puede ofrecerles la buena voluntad de la rectoría de un rectorcillo de montaña. (Marta, Francisca y el Campanero besan la mano del Obispo. Este les bendice.)

CAMPANE. Señor, yo quise besarle la mano en el camino, pero no pude; permíteme.

OBISPO Dios te haga bueno.

JORGE ¡Qué blancura de casa! ¡Qué ambiente de honradez! (Mirando por la galería.) ¡Qué vista desde la galería!... ¡Miren, miren ustedes por aquí!

P. JUAN Eso sí. Lo que es la vista la tenemos buena.

D. AND. Desde esta galería se ve todo un distrito electoral.

P. JUAN Siéntense, siéntense, que están en su casa.

OBISPO Señor rector, no haga por nosotros ningún extraordinario. No venimos a turbar la paz montañesa.

P. JUAN (Indicando el sillón.) Siéntese aquí, señor Obispo.

OBISPO En cualquier parte.

P. JUAN De ningún modo. A Su ilustrísima le corresponde este sillón. No tenemos otro mejor en la rectoría.

OBISPO Es un sillón de aquellos tiempos... de los

tiempos pasados. (Todos se sientan en torno de la mesa.)

P. JUAN Sí, señor Obispo. Aquí todo es de los tiempos pasados. Buenas vistas y pocos muebles. Pobres y contentos.

OBISPO Eso es lo principal: Conservar la alegría propia a quien tiene su conciencia tranquila.

P. JUAN No podemos quejarnos. Gracias sean dadas a Dios nuestro Señor, aquí vivimos con toda la paz de la tierra. Los alimentos son sanos. Los aires puros, la vista... ya la han visto.

OBISPO Y la gente, ¿es buena?

P. JUAN ¡Ptchs! La gente... un poco egoísta, como en todas partes, con los defectos y las miserias propias de este mundo; aferrados a guardar lo propio y a tomar legalmente algo de lo ajeno. Pero, en no pidiéndoles dinero, cumplen.

D. AND. Es muy buen distrito.

P. JUAN Cumplen.

OBISPO ¿Religioso?

P. JUAN Cumplen.

OBISPO ¿Se hacen muchas limosnas?

P. JUAN Ya lo dije antes; cumplen.

FRANCISCA ¡Y aun...!

P. JUAN Tiene razón Francisca, y aun. Yo hago lo que puedo, pero puedo muy poco.

D. AND. También yo he procurado hacer algunas mejoras morales. En religión, ¿a qué ocltarlo? soy oportunista, es decir, hago como dice el señor rector, cumplo; pero comprendo que un distrito necesita tener creencias y he trabajado todo lo que he podido para que las tuviese.

P. JUAN El señor diputado provincial hace mucho. Desde que es poder ha aumentado la religiosidad...

D. AND. Regular. Este es un distrito industrial. Y como donde hay industria, hay fábricas y donde hay fábricas hay exaltación, he pro-

curado hacer devotos por política. El que tiene temor de Dios, tiene temor del amo, y el que tiene temor del amo, es más fácil de dirigir y más fácil de avenirse a la razón... que conviene al amo.

OBISPO
D. AND.

Señor diputado, esa política es egoísta. Política realista, señor Obispo. La religión es un factor moral que utilizamos los políticos.

SECRETA.
D. AND.

Sí, pero no lo manejan ustedes con tacto. Porque no sabemos más; la intención es buena, créanmelo ustedes. Si la religión me diese el diez por ciento, y perdonen la frase, no haría más de lo que hago ahora por propagar las buenas creencias. Aunque progresista con miras al republicanismo, creo en el temor de Dios y en el ejemplo.

OBISPO
D. AND.
RAMÓN
OBISPO

Don Andrés, lo que hace falta es caridad. No digo lo contrario.

Hay muy poca, señor Obispo.

Mal hacen en regatearla. La caridad es una de las virtudes que más estima Dios; la virtud cristiana por excelencia; la que ha llevado más santos a la gloria, la que en todo momento recomienda y bendice la Iglesia. Con la palabra, con el ejemplo, debemos practicarla y seguirla. Usted, señor diputado, con la influencia que le presta su cargo; usted, poeta, con el auxilio de la poesía, que poesía es caridad; y usted, señor rector, en el púlpito, en el confesonario, juntó al lecho de los enfermos, allí donde haya tristezas, y más aun, allí donde encuentre alegrías.

P. JUAN Yo, señor Obispo, tengo poca elocuencia para convencer.

SECRETA. Si se valiese de la astucia, tal vez sacara más partido.

OBISPO Si se vale de la sencillez y de la verdad, vencerá siempre. Las palabras no han de salir bien dichas, han de salir de bien adentro.

P. JUAN Ya sabe Su ilustrísima que yo puedo muy poco... y ellos...

OBISPO Ellos... no hacen más que cumplir. ¿Verdad, señor rector?

P. JUAN Su ilustrísima toca en lo vivo.

OBISPO Desgraciadamente lo toco... como dice usted. Conozco a los hombres y podría citar a ustedes muchos ejemplos de... cumplimiento. No quiero sermonear más: bajemos a la iglesia, que necesitamos continuar pronto el viaje.

P. JUAN Si el señor Obispo me permite una digresión, le diré, con licencia suya, que podía esperarse un momento... porque... hemos hecho chocolate.

D. AND. Admirablemente. A eso no hay quien se niegue.

JORGE Es la ofrenda del patriarca.

OBISPO Yo no tomaré chocolate, pero tomaré un vaso de agua, sin perjuicio de que tomen ustedes lo que gusten.

P. JUAN Siento que Su ilustrísima... (Entra Francisca con la chocolatera.) Mire, aquí lo tenemos. ¡Aunque sea una sopa!

FRANCISCA Estoy avergonzada; ustedes me dispensarán: con estos ajetreos me ha salido demasiado espeso; yo hubiera querido...

P. JUAN Deja la chocolatera y vete.

FRANCISCA (Sirviendo el chocolate.) Señor Obispo, para usted.

OBISPO Gracias, no tomo chocolate.

FRANCISCA Yo creía que los obispos lo tomaban a todas horas.

P. JUAN Calla. (Francisca sirve el chocolate a don Andrés, Jorge del Pozo y el Secretario, que están sentados a la mesa con el Obispo.)

FRANCISCA No quiero; la verdad ha de decirse siempre.

OBISPO Siempre; la mentira corrompe las almas. Y para que vea que la deseo complacer, tomaré una sopa... aunque el chocolate esté espeso.

TODOS Bien, bien.

- D. AND. Es riquísimo; nunca lo he tomado mejor, y eso que cuando va uno a hacer elecciones tiene que tomarlo muchas veces por fuerza.
- JORGE Y tiene que pagar muchas copas, ¿verdad?
- D. AND. Más que se beben.
- JORGE ¿De modo que no sale gratis hacer felices a los súbditos?
- D. AND. ¿Piensa que tenemos tanta suerte como ustedes los poetas, que con soltar cuatro canciones dejan contento a todo el mundo? ¡Ya pueden irle con canciones a un elector! ¡Usted los cantaría y ellos presentarían recibos!
- OBISPO ¡Siempre el interés, el maldito interés!
- D. AND. Señor Obispo, así es la vida. Por progresivo que se sea, todo se hace en este mundo por los cuartos.
- OBISPO Afortunadamente no tiene usted razón del todo; aunque por desgracia se acerca a la verdad.
- SECRETARIA ¡Tanto como se acerca!
- D. AND. El señor Secretario es hombre de talento.
- OBISPO Callen, mundanos empedernidos. Aun no es materia todo; todavía alienta el espíritu dentro de nosotros. Podéis aprisionarlo, no importa; un día u otro vivirá libremente.
- RAMÓN Claro que vivirá. (Entra Marta con una bandeja llena de vasos de agua.)
- MARTA Si quieren agua fresca, aquí tienen.
- OBISPO Gracias, hija mía.
- MARTA Yo misma la traigo de la fuente.
- JORGE Traída por usted sabrá mejor.
- OBISPO Señor rector, ¿es parienta suya esta joven?
- MARTA Sobrina, para servir a usted.
- OBISPO Es muy simpática.
- FRANCISCA Y sabe mucho, señor Obispo.
- MARTA ¡Tía, por Dios!
- FRANCISCA ¡Ay, ay! quiero decirlo. Sí señores, sabe más de letra que todos nosotros.

- OBISPO ¡Muy bien, muy bien! ¿Y qué libros has leído, hija mía?
- MARTA ¡Si no leo nada!
- FRANCISCA No lo crea. Ahora mismo lee un libro que no le podemos sacar de entre las manos.
- OBISPO ¿Qué libro es?
- MARTA Las obras de Santa Teresa.
- OBISPO Buen libro.
- D. AND. ¡Digo si sabe la muchacha! Yo no he leído ese libro y soy diputado.
- FRANCISCA A usted no le hace falta leer.
- P. JUAN ¡Cállate, Francisca!
- OBISPO Veamos, veamos: ¿Por qué te gusta a ti ese libro?
- MARTA ¡Ay pobre de mí! no voy a poder explicarme: Porque dice cosas que una siente y querría decir y no debe decir. Porque se ve que era una santa que quería con toda su alma.
- OBISPO No es por eso por lo que debía gustarte. Y, oye, hija mía. ¿Quién te da a ti a leer esos libros?
- FRANCISCA Ya se lo diré yo: Mi hijo que estudia para cura, y tiene en su cuarto todos los libros de este mundo.
- OBISPO (A Ramón.) Muy bien, joven. ¿Conque eres estudiante?
- RAMÓN Sí, señor.
- OBISPO ¿Y estudias mucho?
- RAMÓN Regular.
- FRANCISCA Demasiado.
- P. JUAN Se distrae algo haciendo versos.
- FRANCISCA Es el único vicio que tiene.
- OBISPO ¿Conque eres poeta?
- RAMÓN Hago versos.
- OBISPO ¿Y no podríamos oír alguno?
- RAMÓN Son muy malos, señor Obispo.
- OBISPO ¡Bah! La juventud siempre hace buenos versos. A ver, recita unos. No tengas vergüenza. Aquí todos apreciamos la poesía.
- RAMÓN Si ustedes quieren...
- OBISPO Sí.

RAMÓN

(Luego de una breve pausa.)

Si es la vida un destierro,
me complace, Señor, ser desterrado,
y si es prisión con cárceles de hierro,
quiero vivir mi vida encadenado.
Quiero sufrir la muerte de esta vida;
quiero no ser, mientras en ella sea.
A placer y ambición, mi alma dormida
sólo vivir la soledad desea.
Cuanto en vida mi cuerpo más rebaje
más alto en mí morir tenderé el vuelo;
cuanto con más miserias me amortaje,
más glorias y más luz veré en el cielo.
Valedme, Jesús mío, en la pelea
que he de librar para acercarme a vos;
mi alma luchar y combatir desea,
porque al fin de la lucha está su Dios.
La propia muerte me será querida.
No muerte, la diré felicidad,
si al cerrarse mis ojos a la vida
se abren para la eterna claridad.

OBISPO

Muy bien, muy bien. Esa poesía encierra
una santa y noble aspiración. Es de un
alma joven con alas.

JORGE

¡Magnífica! En clase de modesto cultiva-
dor de las letras, felicito a usted; podemos
decir que tenemos un poeta más.

D. AND.

Y yo me alegro mucho de que ese poeta
esté empadronado en mi distrito.

OBISPO

Ahora, joven estudiante, es preciso que no
se borren tan nobles anhelos. Vigila las ten-
taciones de la vanidad, que es mala amiga
de los poetas y enemiga acérrima de los co-
razones cristianos.

RAMÓN

Aspiro a mucho, señor Obispo, pero no a
los goces y vanidades de este mundo.

OBISPO

Bien dicho.

RAMÓN

Aspiro a salvar cuantas almas me sea posi-
ble, haciendo versos o no haciéndolos.

OBISPO

Ya que vas a entrar en el sacerdocio y sien-
tes ambiciones tan nobles, tú, que eres
montañés y tienes delante de los ojos este

panorama que trae a la memoria el de Ga-
lilea, acuérdate del sermón sublime de la
montaña predicado por Cristo: Bienaven-
turados los que lloran. Bienaventurados
los que han hambre y sed de justicia.
Bienaventurados los misericordiosos y los
limpios de corazón, los que padecen per-
secución por la justicia. Recuerda esto po-
niendo en el recuerdo el amor entero de tu
alma; suceda lo que suceda, pase lo que pa-
se, tratándose de hacer bien, no te doble-
gues a ninguno, enténdalo bien, a nin-
guno. Jesús también dijo: Bienaventura-
dos seréis vosotros cuando por amor mío
os maldigan.

RAMÓN

Así lo haré.

OBISPO

Ama a los pobres; ve siempre allí donde
haya lágrimas; ve tras ellas para enjugar-
las como los torrentes van al mar; ama a
los tristes, consuélalos, compadécelos, ayú-
dalos. Abre a cualquiera que llame a tu
puerta; da a quien te pida, y cuando ha-
gas alguna caridad con tu mano derecha,
que tu mano izquierda lo ignore. ¿Lo ten-
drás presente?

RAMÓN

(Con exaltación.) ¡Sí lo tendré presente!

OBISPO

Y perdona siempre, siempre, pero siem-
pre; que perdonar a los enemigos y tener
compasión de los caídos y recoger a los
desamparados, es seguir el ejemplo de
Cristo que llevó su bondad infinita hasta
perdonar a la adúltera. Sobre todo ama,
hijo mío; conduélete de los desgraciados
de espíritu, sufre y ruega por todos los
que no saben por dónde caminan. Nada
enaltece tanto al hombre como el amor a
la pobre humanidad miserable.

RAMÓN

Estoy sediento de practicar esa doctrina.

OBISPO

De ti depende.

RAMÓN

La practicaré. Desde este rincón de la
montaña rogaré a Dios con toda mi alma.

OBISPO

No basta rogar. El rogar es para los viejos,

Los jóvenes deben luchar con la palabra y con el ejemplo. Cristo fué a la montaña en busca de apóstoles, pero los condujo a Jerusalén. No es en las soledades del campo donde más se necesitan los ejemplos; en ellos se ve más clara que en parte alguna la presencia de Dios. Es en las ciudades, en las villas, en los hormigueros humanos, donde arraigan las miserias y crecen y se desarrollan; allí los vicios se extienden como la mancha de aceite sobre el mar. Allí debes ir. Ve, ya que tienes fiebre de virtud en la sangre y alteza en el espíritu; ve allí, practica y acuérdate de este pastor que aquí, rodeado de hombres de bien, te ha sermoneado unas miasmas.

RAMÓN ¡Gracias, muchas gracias, señor Obispo!
 FRANCISCA ¡Que te acuerdes bien!
 P. JUAN Sobre todo, que lo aproveche.
 OBISPO Y ahora, me parece que es tiempo de visitar la iglesia y de saludar a la Virgen.
 P. JUAN Cuando quiera, señor Obispo.
 OBISPO A la iglesia, andando. (Dirigiéndose seguido de los otros hacia la galería.)
 (Al Padre Juan.) Vigile usted al estudiante.
 SECRETA. No lo necesita.
 P. JUAN ¡Quién sabe!...
 SECRETA. ¡Por qué me dice eso?
 P. JUAN Porque... Me parece que no será la última vez que nos encontremos él y yo, y, no sé, no sé, el camino que seguirá. (Todos se van por la puerta de la galería, menos Marta que queda apoyada en la barandilla y Ramón que permanece en éxtasis.)

ESCENA VIII

RAMÓN y MARTA

MARTA ¿No vas tú con ellos?
 RAMÓN (Distracto, como hablando consigo mismo.) Tiene razón el señor Obispo, debo ir a la ciudad a

ver, a convencer, a sufrir, a ofrecer ejemplos, a amar a los pobres, a dar la vida por los pobres.

MARTA ¿Tendrás el mal corazón de dejarme?
 RAMÓN ¡Lo dejaré todo! ¡Lo daré todo! ¡Viviré para todos, menos para mí! (Se oye un gran repique de campanas.) ¿Oyes cómo tocan a gloria?

MARTA Iré contigo.
 RAMÓN ¡Nunca!... Serías la tentación persiguiéndome.

MARTA ¿Es decir, que ya no me quieres?
 RAMÓN El amor de todos me llama.
 MARTA También el amor me llama a mí. Podíamos ir juntos y quieres ir solo. Vete. Yo también iré por mi cuenta.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO